

Marie Lu

# WARCROSS

Traducción del inglés

Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA  
EDICIONES

Título original: *Warcross*

Publicado en 2017 por G. P. Putnam's Sons,  
un sello de Penguin Random House LLC

© de la obra: Xiwei Lu, 2017

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.  
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.com  
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: enero de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-30-9

Depósito Legal: M-32503-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Kristin y Jen.  
Gracias por cambiarme la vida  
y por estar ahí después de tantos años.*

No hay nadie que no haya oído hablar de Hideo Tanaka, el joven genio que inventó Warcross a los trece años. Un estudio mundial publicado hoy muestra que un asombroso 90% de personas con edades comprendidas entre los doce y los treinta años juegan con regularidad o, como mínimo, una vez a la semana. Este año se espera que los campeonatos oficiales de Warcross atraigan a más de doscientos millones de espectadores [...].

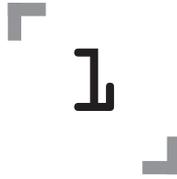
***Corrección:***

*Una versión anterior de esta historia describía por error a Hideo Tanaka como millonario. Es multimillonario.*

***THE NEW YORK DIGEST***

# MANHATTAN

Nueva York



Hoy hace muchísimo frío para salir a perseguir a nadie.

Tiemblo, me subo la bufanda para taparme la boca y me retiro unos cuantos copos de nieve de las cejas. Luego estampo la bota sobre mi monopatín eléctrico. Está viejo y usado, como todo lo que tengo; la pintura azul se ha desconchado casi por completo y revela el barato plástico plateado de debajo. Pero todavía funciona y, cuando aprieto con más fuerza el talón, por fin responde, tirando de mí hacia delante mientras me meto entre dos filas de coches. El pelo, teñido de los intensos colores del arcoíris, me azota la cara.

—¡Eh! —grita un conductor cuando paso maniobrando junto a él. Miro por encima del hombro y le veo sacar un puño por la ventanilla—. ¡Por poco me das!

Me limito a girarme y lo ignoro. En circunstancias normales soy más amable... o, al menos, me hubiera disculpado. Pero esta mañana me he despertado con un papel amarillo pegado con cinta adhesiva en la puerta de mi apartamento con unas letras impresas en la tipografía más grande que pueda imaginarse:

72 HORAS PARA PAGAR O DESALOJAR EL PISO

Traducción: llevo casi tres meses de retraso en el alquiler. Así que, a no ser que pueda conseguir tres mil cuatrocientos cincuenta dólares, me quedaré sin casa, en la calle, a finales de semana.

Eso le aguaría la fiesta a cualquiera.

Me escuecen las mejillas por el viento. El cielo al otro lado de los rascacielos está nublado y cada vez se oscurece más; dentro de unas horas, esta nieve a ráfagas empezará a caer de forma constante. Los coches atestan las calles: una continua estela de luces de freno y bocinazos desde aquí a Times Square. De vez en cuando suena el silbato de un controlador por encima del caos. El aire está cargado del olor a tubo de escape y cerca sale vapor de una rejilla de ventilación. La gente sube y baja de las aceras, apiñada. Es fácil distinguir a los estudiantes que vuelven a casa de clase, con las mochilas y los grandes auriculares diseminados por la multitud.

Técnicamente, yo debería ser una de ellos. Este debería haber sido mi primer año en la universidad, pero empecé a hacer novillos después de que mi padre muriera y dejé el colegio hace varios años. (Vale, bien, me expulsaron. Pero juro que lo habría dejado igual. Ya hablaré de eso más tarde).

Miro de nuevo el teléfono y mi cabeza vuelve a la búsqueda. Hace dos días recibí el siguiente mensaje de texto:

¡AVISO del Departamento de Policía de Nueva York!  
Orden de detención contra Martin Hamer.  
Pago: 5000 \$.

Últimamente la policía está tan ocupada por el aumento de la delincuencia en las calles que no tiene tiempo para buscar a los que

cometen delitos menores; delincuentes de poca monta como Martin Hamer, al que se busca por apostar en Warcross, por robar dinero y, según se dice, vender droga para financiar sus apuestas. Así que, una vez a la semana más o menos, los polis mandan un mensaje como este: una promesa de que pagarán a cualquiera que pueda atrapar al delincuente en cuestión.

Ahí es donde entro yo. Soy una cazarrecompensas, una de muchos en Manhattan, y ahora mismo estoy esforzándome por capturar a Martin Hamer antes que nadie.

Cualquiera que haya atravesado tiempos difíciles comprenderá el flujo de números casi constante que pasa por mi mente. Un mes de alquiler en el peor apartamento de Nueva York: 1150 dólares. Un mes de comida: 180 dólares. Luz e internet: 150 dólares. Cajas de macarrones, fideos y jamón de lata que me quedan en la despensa: 4. Etcétera. Y encima, debo 3450 dólares de alquiler y 6000 de la tarjeta de crédito.

Número de dólares que me queda en mi cuenta: 13.

No son las cosas normales por las que se preocupa una chica de mi edad. Debería estar poniéndome histérica por los exámenes. Por entregar trabajos. Por despertarme a la hora.

Pero no he tenido exactamente una adolescencia normal.

Sin duda, cinco mil dólares es la recompensa más grande que ha habido en meses. Para mí equivale a todo el dinero del mundo. Así que, durante los dos últimos días, no he hecho más que buscar a ese tipo. Este mes he perdido cuatro recompensas seguidas. Si pierdo esta también, voy a tener graves problemas.

«Los turistas siempre obstruyen las calles», pienso cuando un desvío me obliga a ir por una ruta que lleva directa a Times Square,

donde me quedo atrapada detrás de un grupo de autotaxis que invade el paseo peatonal. Me apoyo en la parte trasera del monopatín para detenerme y empiezo a retroceder. Mientras camino, vuelvo a mirar el teléfono.

Hace un par de meses, conseguí entrar en el directorio principal de jugadores de Warcross en Nueva York y lo sincronicé todo con los mapas de mi teléfono. No es difícil, no si recuerdas que todo el mundo está conectado de algún modo con los demás. Sólo requiere mucho tiempo. Te cueles en una cuenta, luego te extiendes a sus amigos, después a los amigos de sus amigos, y al final puedes localizar a cualquier jugador de la ciudad. Ahora por fin he logrado encontrar la ubicación física de mi objetivo, pero mi teléfono es un cacharro viejo que está hecho polvo, con una batería antigua que se encuentra en las últimas. No deja de intentar ahorrar energía y la pantalla está tan oscura que apenas veo nada.

—Despierta —mascullo, mirando los píxeles con los ojos entrecerrados.

Por fin, el pobre suelta un zumbido lastimero y el indicador rojo de la ubicación se actualiza en mi mapa.

Salgo del atasco de taxis y aprieto el talón contra el monopatín. Protesta un momento, pero después acelera y me convierto en una mota en medio de una marea de personas en movimiento.

En cuanto llego a Times Square, las pantallas descollan sobre mí en una atmósfera llena de neones y ruido. Cada primavera, los Campeonatos de Warcross oficiales empiezan con una gran ceremonia y dos equipos con los mejores jugadores compiten en una primera ronda estelar. La ceremonia inaugural de este año tendrá lugar esta noche en Tokio, así que todo lo que aparece hoy en las

pantallas está relacionado con Warcross: una rotación frenética de los jugadores más famosos, anuncios e imágenes de los momentos más interesantes del año pasado. En el lateral de un edificio reproducen el último vídeo musical, y el más extravagante, de Frankie Dena. Va vestida como su avatar de Warcross: lleva un traje de edición limitada y una reluciente capa que imita una telaraña, y baila con un grupo de ejecutivos vestidos de rosa. Debajo de la pantalla, unos turistas entusiasmados paran a hacerse unas fotos con un tío disfrazado con un equipo falso de Warcross.

En otra pantalla aparecen cinco de los jugadores superestrellas que competirán en la ceremonia de esta noche: Asher Wing, Kento Park, Jena MacNeil, Max Martin, Penn Wachowski. Estiro el cuello para admirarlos. Todos van vestidos a la última moda de pies a cabeza. Me sonríen con unas bocas tan grandes como para comerse la ciudad y, mientras sigo mirando, levantan unas latas de refresco, declarando que Coca-Cola es la bebida que eligen durante la temporada de juego.

Debajo de ellos se lee el siguiente texto:

**LOS MEJORES JUGADORES DE WARCROSS  
LLEGAN A TOKIO, LISTOS PARA  
LA DOMINACIÓN MUNDIAL**

Entonces cruzo la intersección y acorto por una carretera más pequeña. El puntito rojo de mi objetivo en el teléfono vuelve a cambiar. Por lo visto, ha girado hacia la calle Treinta y Ocho.

Me meto entre otros embotellamientos antes de llegar y apartarme a un lado junto a un quiosco. El indicador rojo ahora se halla

sobre el edificio que tengo delante, justo encima de la puerta de una cafetería. Me bajo la bufanda y dejo escapar un suspiro de alivio. Mi aliento se empaña por el aire helado.

—Te pillé—susurro, y me permito una sonrisa mientras pienso en la recompensa de cinco mil dólares.

Me bajo del monopatín eléctrico, saco las correas y me lo cuelgo al hombro de modo que choque con mi mochila. Todavía está caliente del uso; el calor se cuele por la sudadera y arqueo la espalda para disfrutarlo.

Al pasar junto al quiosco, echo un vistazo a las portadas de las revistas. Tengo la costumbre de mirarlas para buscar alguna noticia de mi persona favorita. Siempre hay algo. Efectivamente, ocupa un lugar destacado en una de las revistas. Es un joven alto, sentado en una oficina, vestido con unos pantalones oscuros y una camisa con el cuello recién planchado, remangada de manera informal hasta el codo, con la cara oculta por las sombras. Debajo de él está el logo de Juegos Henka, el estudio matriz de Warcross. Me detengo a leer el titular:

## **HIDEO TANAKA CUMPLE 21**

---

### *DENTRO DE LA VIDA PRIVADA DEL CREADOR DE WARCROSS*

El corazón me da un vuelco al leer el nombre de mi ídolo. ¡Qué rabia no tener tiempo para hojear la revista! Quizá más tarde. Me aparto a regañadientes, me coloco bien la mochila, subo el monopatín más hacia los hombros y me tapo la cabeza con la capucha. Las

ventanas de cristal por las que paso reflejan una imagen distorsionada de mí misma: la cara afilada, unos vaqueros oscuros demasiado largos, unos guantes negros, unas botas hechas polvo y una bufanda roja descolorida alrededor de mi sudadera negra. Mi pelo arcoíris sobresale bajo la capucha. Intento imaginarme a la chica reflejada en la portada de una revista.

«No seas estúpida». Aparto esa idea ridícula de mi cabeza mientras me dirijo a la entrada de la cafetería y empiezo a repasar mentalmente las herramientas que llevo en la mochila.

1. Esposas
2. Tiracables
3. Guantes con refuerzos de metal
4. Teléfono
5. Muda de ropa
6. Pistola paralizante
7. Libro

En una de mis primeras búsquedas, mi objetivo me vomitó encima tras utilizar la pistola paralizante (#6). A partir de entonces, incluí una muda de ropa (#5). Dos objetivos consiguieron mordirme, así que, tras dos vacunas antitetánicas, añadí los guantes (#3). El tiracables (#2) es para llegar a los sitios difíciles y coger a las personas difíciles. Mi teléfono (#4) es mi ayudante de hackeos portátil. Las esposas (#1) están para..., bueno, es obvio.

Y el libro (#7) es para cuando la búsqueda implica una larga espera. Siempre merece la pena llevar entretenimiento que no consuma la batería.

Entro en la cafetería, me empapo del calor y vuelvo a comprobar el teléfono. Los clientes hacen cola junto a una barra con pastas en un mostrador, esperando a que abra una de las cuatro autocajas. Las paredes están cubiertas de estanterías decorativas. Hay algunos turistas y estudiantes sentados a las mesas. Cuando les apunto con la cámara de mi teléfono, veo sus nombres sobre sus cabezas, lo que significa que ninguno de ellos se ha puesto en Privado. Quizá mi objetivo no se encuentre en esta planta.

Paso cerca de las estanterías, trasladando mi atención de una mesa a otra. La mayoría de la gente no se fija de verdad en lo que le rodea; pregúntale a cualquiera qué llevaba puesto el que estaba sentado a su lado y lo más probable es que no lo sepa. Pero yo sí. Puedo enumerar la ropa y la postura de todos los que aguardan en la cola de la cafetería, puedo decirte cuántos están en cada mesa, la manera concreta en que alguien encorva los hombros, describirte a los dos que están sentados el uno al lado del otro sin mediar palabra y al chico que se cuida de no mirar a nadie a los ojos. Puedo captar una escena como un fotógrafo captaría un paisaje: relajo la vista, analizo el panorama entero al mismo tiempo, busco el punto de interés y hago una foto mental para recordarlo todo.

Busco un cambio en el patrón, el clavo que sobresale.

Mi mirada se detiene en un grupo de cuatro chicos que leen en los sofás. Me los quedo mirando un rato, esperando alguna señal de conversación o algún indicio de que se pasan notas con la mano o por teléfono. Nada. Mi atención se dirige a las escaleras que llevan a la segunda planta. No cabe duda de que otros cazarrecompensas están también acercándose a este objetivo... Tengo que llegar a él antes que nadie. Acelero el paso mientras subo.

Aquí no hay nadie, o eso parece. Pero entonces percibo el leve sonido de dos voces provenientes de una mesa en un rincón al otro extremo, oculta tras un par de estanterías que hacen casi imposible verlos desde las escaleras. Me acerco con sigilo y me asomo por las estanterías.

Hay una mujer sentada a la mesa, enfrascada en un libro, y un hombre a su lado que arrastra los pies, nervioso. Levanto el móvil. En efecto, ambos están puestos en Privado.

Me deslizo pegada a la pared para que no me descubran y escucho con detenimiento.

—No tengo hasta mañana por la noche —dice el hombre.

—Lo siento —responde la mujer—, pero no puedo hacer gran cosa. Mi jefe no le entregará esa cantidad de dinero sin tomar medidas extra de seguridad; no cuando la policía tiene una orden de arresto contra usted.

—Me lo prometió.

—Y lo siento, señor. —La voz de la mujer es tranquila y cínica, como si hubiera tenido que repetir esto infinidad de veces—. Son los campeonatos y las autoridades están en alerta máxima.

—Tengo trescientas mil notas con ustedes. ¿Tiene idea de lo que ofrecen a cambio de eso?

—Sí. Mi trabajo es saberlo —replica ella con el tono más seco que he oído.

Trescientas mil notas. Eso son unos doscientos mil dólares al tipo de cambio actual. Menudo jugador. En Estados Unidos es ilegal apostar en Warcross; es una de las muchas leyes que el gobierno ha aprobado últimamente en un intento desesperado de mantener el ritmo de la tecnología y los delitos cibernéticos. Si ganas una apuesta

en una partida, ganas créditos de juego que se llaman «notas». La cuestión es la siguiente: puedes recoger las notas online o en un lugar físico, donde te reúnes con una cajera como esta señora. Ella te cambia las notas, te da dinero en metálico y su jefe se lleva una parte.

—Es mi dinero —insiste el tipo.

—Tenemos que protegernos. Esta vez se tomarán medidas extra de seguridad. Puede volver mañana por la noche y le cambiaremos la mitad de sus notas.

—Ya se lo he dicho, no puedo esperar hasta mañana por la noche. Debo marcharme de la ciudad.

La conversación se repite una y otra vez. Contengo la respiración y escucho. La mujer ha hecho de todo, salvo confirmar su identidad.

Entrecierro los ojos y se me curvan los labios hacia arriba en una sonrisa ansiosa. Este es justo el momento que espero durante una búsqueda: cuando los fragmentos que he sacado a la luz convergen en un punto, cuando veo a mi objetivo físicamente delante de mí, listo para atraparlo. Cuando he resuelto el rompecabezas.

«Te tengo».

Cuando la conversación se vuelve más apremiante, doy dos golpecitos en mi teléfono y envío un mensaje a la policía.

Sospechoso en custodia física.

Recibo respuesta casi de inmediato.

NYPD AVISADO.

Saco la pistola paralizante de la mochila. Se atasca un instante en la cremallera y se oye un ligero chirrido.

La conversación se detiene. Al otro lado de las estanterías, tanto el hombre como la mujer giran la cabeza hacia mí como un ciervo ante los faros de un coche. El hombre ve mi expresión. Tiene el rostro cubierto de sudor y el pelo aplastado contra la frente. Transcurre una fracción de segundo.

Disparo.

Echa a correr y no le doy por los pelos. «Buenos reflejos». La mujer también se aparta enseguida de la mesa, aunque no podría importarme menos. Salgo volando tras él. Baja las escaleras de tres en tres, casi se cae por las prisas, y deja a su paso el teléfono y unos bolígrafos en el suelo. Corre hacia la salida en cuanto llego a la primera planta. Alcanzo la puerta giratoria de cristal justo detrás de él.

Salimos a la calle. La gente grita sobresaltada cuando el hombre los aparta a empujones y una turista se cae de espaldas con su cámara. Con un movimiento, saco el monopatín eléctrico, me subo encima y piso la parte trasera con todas mis fuerzas. Emite un silbido agudo. Me echo hacia delante y avanzo a toda velocidad por la acera. El hombre mira por encima del hombro para verme acercarme a él cada vez más rápido. Se precipita hacia la izquierda, presa del pánico.

Giro en su dirección y tomo la curva tan cerrada que el borde del monopatín chirría contra el pavimento y deja una larga línea negra. Apunto con la pistola paralizante a su espalda y disparo.

Grita y cae. Al instante, intenta levantarse, pero le alcanzo. Me agarra del tobillo. Tropiezo y le doy una patada. Tiene los ojos muy

abiertos, y los dientes y la mandíbula apretados. De pronto, resplandece una hoja. Veo el reflejo de la luz a tiempo. Me lo quito de encima de una patada y me aparto rodando antes de que pueda apuñalarme la pierna. Le agarro la chaqueta con las manos y disparo una vez más la pistola paralizante, en esta ocasión de cerca. Le da de lleno. El cuerpo se le pone rígido y se desploma sobre el pavimento, temblando.

Salto sobre él. Aprieto con fuerza la rodilla contra su espalda mientras él solloza en el suelo. Un círculo de personas se ha reunido a nuestro alrededor y sus gafas lo graban todo.

—No he hecho nada —no deja de gimotear el hombre. No se le entiende muy bien por lo fuerte que le aprieto contra el suelo—. Puedo darte el nombre de la señora de ahí dentro...

—Cierra la boca —le interrumpo cuando deslizo las esposas por sus muñecas.

Para mi sorpresa, me obedece. No siempre escuchan de esta manera. No cedo hasta que aparca el coche de la policía, hasta que veo las luces rojas y azules reflejadas en la pared. Sólo entonces me levanto y me aparto de él, asegurándome de mostrar las manos para que los polis las vean bien. Siento un hormigueo en la piel por la agitación de haber conseguido atrapar a mi objetivo mientras observo a los dos agentes poner al hombre de pie.

¡Cinco mil dólares! ¿Cuándo fue la última vez que tuve tan siquiera la mitad de ese dinero? Nunca. Estaré menos desesperada durante un tiempo. Pagaré el alquiler que debo, lo que debería apaciguar por el momento a mi casero. Después me quedarán mil quinientos cincuenta dólares. Una fortuna. Me pongo a pensar en el resto de facturas. A lo mejor esta noche puedo comer otra cosa que no sean fideos instantáneos.

Quiero dar un salto de victoria en el aire. Estaré bien. Hasta la próxima recompensa.

Tardo un instante en darme cuenta de que la policía está alejándose con su nuevo cautivo sin ni siquiera mirar en mi dirección. Mi sonrisa desaparece.

—¡Eh, agente! —grito, y salgo corriendo detrás del que tengo más cerca—. ¿Me va a llevar a la comisaría para el pago o qué? ¿Quedo con usted allí?

La agente me lanza una mirada que no parece cuadrar con el hecho de que les acabo de atrapar a un delincuente. Parece exasperada y las oscuras ojeras que luce me dicen que no ha descansado mucho.

—Tú no has sido la primera —me anuncia.

Me sobresalto y parpadeo.

—¿Qué?

—Otro cazarrecompensas dio el aviso antes que tú.

Por un segundo, lo único que puedo hacer es mirarla y luego suelto una palabrota.

—¡Menuda chorrada! Habéis visto lo que ha pasado. ¡Me confirmasteis el aviso!

Le enseño mi teléfono para que vea el mensaje que he recibido y, como era de esperar, en ese momento me quedo sin batería.

Aunque esa prueba no hubiera cambiado nada, porque la agente ni siquiera mira el teléfono.

—Eso no es más que una respuesta automática. Según mis mensajes, recibí el primer aviso de otro cazarrecompensas que estaba en esta ubicación. El dinero va para el primero, sin excepciones. —Me mira con compasión y se encoge de hombros.

Es el detalle técnico más estúpido que he oído en mi vida.

—¡Y una mierda! —alego—. ¿Quién es el otro cazarrecompensas? ¿Sam? ¿Jamie? Son los únicos que han podido peinar este territorio. —Alzo las manos—. ¿Sabe qué? Está mintiendo, no hay otro cazarrecompensas. Lo que pasa es que no quiere pagarme. —La sigo mientras se da la vuelta—. Le he ahorrado el trabajo sucio. Ese es el pacto: el dinero es la razón por la que cualquier cazarrecompensas va detrás de la gente que os da tanta pereza atrapar. Me la debéis y...

El compañero de la poli me agarra del brazo y me empuja con tanto ímpetu que casi me caigo.

—Atrás —suelta con un gruñido—. Emika Chen, ¿no? —La otra mano sujeta con fuerza la funda de su pistola—. Sí, me acuerdo de ti.

No voy a discutir con alguien que lleva un arma cargada.

—Muy bien, muy bien. —Me obligo a retroceder un paso y subo las manos—. Me voy, ¿vale? Ya me voy.

—Sé que has pasado un tiempo en la cárcel, chica. —Me fulmina con unos ojos fríos y brillantes antes de unirse a su compañera—. No me hagas que te dé otro palo.

Oigo la radio de la policía llamándolos para que acudan a la escena de otro crimen. El ruido a mi alrededor se amortigua y la imagen de los cinco mil dólares empieza a desvanecerse en mi cabeza hasta convertirse en algo que ya no reconozco. En el lapso de treinta segundos, mi victoria ha caído en manos de otra persona.



Abandono Manhattan en silencio. Cada vez hace más frío y las ráfagas de nieve ahora son constantes; el viento que azota mi rostro combina con mi estado de ánimo. Aquí y allá, las fiestas empiezan a multiplicarse en las calles y la gente, ataviada con jerséis rojos y azules, recita una cuenta atrás a todo pulmón. Contemplo el avance de sus celebraciones como en un torbellino. A lo lejos, todos los lados del Empire State están iluminados y muestran imágenes enormes de Warcross.

Cuando aún vivía en la casa de acogida, veía el Empire State si me subía al tejado. Me sentaba allí y me quedaba contemplándolo durante horas mientras las imágenes de Warcross rotaban en su lateral, balanceando mis piernas delgaduchas hasta que amanecía y la luz del sol me bañaba en oro. Si lo observaba el tiempo suficiente, podía imaginarme a mí misma en aquellas imágenes. Incluso ahora, siento esa vieja punzada de emoción al ver el edificio.

El monopatín eléctrico emite un pitido y me saca de mi ensimismamiento. Bajo la vista. La batería se ha agotado hasta la última línea. Suspiro, reduzco velocidad hasta detenerme y me coloco la tabla encima del hombro. Luego busco alguna moneda en el bolsillo y me dirijo a la primera boca de metro que veo.

El atardecer ha dado paso a un cielo azul grisáceo para cuando llego al complejo de apartamentos que llamo hogar en el deteriorado barrio de Hunts Point, en el Bronx. Esta es la otra cara de la resplandeciente ciudad. Los grafitis cubren un lado del edificio. Unos barrotes de hierro oxidado enjaulan las ventanas del primer piso. La basura se amontona junto a los escalones de la entrada principal —vasos de plástico, envoltorios de comida rápida y botellas de cerveza vacías—, todo parcialmente escondido bajo una fina capa de nieve. Aquí no hay pantallas encendidas ni elegantes autocoches atravesando las calles agrietadas. Se me encorvan los hombros y mis pies parecen de plomo. Ni siquiera he cenado todavía, pero a estas alturas no sé si prefiero comer o dormir.

Más adelante, un grupo de vagabundos está instalándose, extendiendo sus mantas y montando las tiendas en la entrada de un negocio con las contraventanas cerradas. El interior de sus ropas raídas está forrado de bolsas de plástico. Aparto la vista, abatida. Hace mucho tiempo también fueron niños y tal vez tenían familias que los querían. ¿Qué los habrá llevado a este punto? ¿Qué aspecto tendría yo en su lugar?

Finalmente, subo los escalones, cruzo la entrada principal y avanzo por el pasillo hasta mi puerta. Como siempre, el pasillo huele a pis de gato y a alfombra mohosa, y a través de las finas paredes oigo a los vecinos gritándose, un televisor a todo volumen y el llanto de un bebé. Me relajo un poco. Si tengo suerte, no me toparé con el casero, con su camiseta sin mangas, su sudor y su cara roja. Quizá pueda al menos dormir durante una noche sin incidentes antes de tener que enfrentarme a él por la mañana.

Me han puesto un nuevo aviso de desahucio en la puerta, justo donde quité el otro. Agotada, me quedo mirándolo un segundo y lo vuelvo a leer.

## AVISO DE DESAHUCIO

NOMBRE DEL ARRENDATARIO: EMIKA CHEN  
72 HORAS PARA PAGAR O DESALOJAR EL PISO

¿Era realmente necesario volver y poner otro cartel? Como si quisiera asegurarse de que el resto del edificio lo supiera. ¿Para humillarme más? Arranco el aviso de la puerta, formo una bola con él y me quedo quieta un instante mirando al espacio vacío de donde colgaba el papel. Siento una desesperación familiar, un pánico creciente que me golpea con fuerza en el pecho, aporreando cada objeto que poseo. Comienzan a aparecer de nuevo los números en mi cabeza. Alquiler, comida, facturas, deuda.

¿De dónde voy a sacar el dinero en tres días?

—¡Eh!

Me sobresalto al oír la voz. El señor Alsole, mi casero, ha salido de su apartamento y me está siguiendo, con cara de besugo y su pelo ralo y naranja sobresaliendo en todas las direcciones. Al echarle un vistazo a los ojos inyectados en sangre, sé que se ha colocado con algo. Genial. Otra pelea. «No puedo liarme a discutir otra vez hoy». Busco mis llaves, pero es demasiado tarde, así que me pongo derecha y levanto la barbilla.

—Hola, señor Alsole.

Lo pronuncio de manera que el apellido suena como *asshole*, «gilipollas» en inglés.

Me mira con cara de pocos amigos.

—Has estado evitándome toda la semana.

—No ha sido a propósito —replico—. Ahora trabajo de camarera por las mañanas en la cafetería y...

—Ya nadie necesita camareras.

Me mira con recelo.

—Bueno, pues este local sí. Y es el único trabajo que he encontrado. No hay nada más.

—Dijiste que me pagarías hoy.

—Sé lo que dije. —Respiro hondo—. Iba a ir más tarde a hablar con usted...

—¿Cómo que más tarde? Lo quiero ya. Y vas a tener que añadir cien pavos más a lo que me debes.

—¿Qué?

—El alquiler sube este mes. En todo el edificio. ¿Acaso no crees que esta es una buena propiedad?

—No es justo —digo mientras aumenta mi ira—. ¡No puede hacer eso! ¡Lo acaba de subir!

—¿Sabes lo que no es justo, niña? —El señor Alsole me mira entrecerrando los ojos, se cruza de brazos y ese gesto estira las pecas de su piel—. El hecho de que vivas gratis en mi edificio.

Levanto ambas manos. La sangre está subiéndome a las mejillas. Noto que me arden.

—Ya..., es que...

—¿Qué hay de las notas? ¿No recibiste más de cinco mil?

—Si fuera ese el caso, se las habría dado.

—Entonces ofrece otra cosa —suelta, y con la salchicha que tiene por dedo empuja mi monopatín—. Como vea esto por aquí otra vez, lo destrozaré con un martillo. Véndelo y dame el dinero.

—¡Sólo vale cincuenta pavos! —Doy un paso hacia delante—. Mire, haré lo que haga falta, lo juro, lo prometo. —Las palabras salen atropelladamente de mí—. Pero deme unos cuantos días más.

—Escucha, niña —me enseña tres dedos para recordarme cuántos meses le debo—, ya me he hartado de tus súplicas. —Entonces me mira de arriba abajo—. ¿Cuántos años tienes, dieciocho?

Me pongo tensa.

—Sí.

Señala con la cabeza el pasillo.

—Ve a pedir trabajo al Club Rockstar. Las chicas allí ganan cuatrocientos la noche sólo por bailar en unas cuantas mesas. Seguro que podrías sacarte quinientos y ni siquiera les importaría la mancha de tu expediente.

Entrecierro los ojos.

—¿Cree que no he ido a probar? No te cogen si no tienes veintuno.

—No me importa lo que hagas, pero tienes hasta el jueves. ¿Lo pillas? —Habla ahora con tanta violencia que me salpica la cara de saliva—. Y si te largas, quiero el piso vacío. Inmaculado.

—¡No estaba inmaculado cuando entré! —le respondo a voces, pero ya se ha dado la vuelta y se dirige al pasillo.

Dejo escapar el aire lentamente mientras cierra la puerta de golpe. El corazón me late con fuerza contra las costillas. Me tiemblan las manos.

Vuelvo a pensar en los vagabundos, con los ojos hundidos y los hombros encorvados, y luego en las chicas de la calle que en alguna ocasión he visto salir del Club Rockstar, apestando a tabaco, sudor y perfumes fuertes, con el maquillaje corrido. La amenaza del señor Alsole es un recordatorio de dónde terminaré si no tengo suerte pronto. Si no empiezo a tomar decisiones difíciles.

Averiguaré la forma de que se apiade un poco de mí. Le ablandaré. «Deme una semana más y le pagaré la mitad del dinero, se lo juro. Se lo prometo». Repito esas palabras en mi cabeza mientras meto la llave en la cerradura y abro la puerta.

Dentro está a oscuras, a pesar del resplandor de neón azul al otro lado de la ventana. Enciendo la luz, lanzo las llaves sobre la encimera de la cocina y tiro el aviso de desahucio a la basura. Entonces me detengo a contemplar el apartamento.

Es un estudio diminuto, atestado de pertenencias. Las grietas en el yeso pintado recorren las paredes. Una de las bombillas que hay en la lámpara del techo se ha fundido y la segunda está perdiendo intensidad, a la espera de que alguien la cambie antes de que también se apague. Mis gafas de Warcross están sobre la mesa plegable del comedor. Las alquilé baratas porque son un modelo antiguo. Hay dos cajas de cartón llenas de cosas almacenadas en la cocina, dos colchones en el suelo junto a la ventana, y el resto del espacio está ocupado por un televisor antiguo y un sofá viejo de color amarillo mostaza.

—¿Emi?

Una voz apagada sale de debajo de una manta en el sofá. Mi compañera de habitación se incorpora, se frota la cara y se pasa una mano por su mata de pelo rubio. Keira. Se ha quedado dormida con las gafas de Warcross puestas y luce una ligera marca en las mejillas y la frente. Me mira arrugando la nariz y dice:

—¿Has vuelto a traer un chico a casa?

Niego con la cabeza.

—No, vengo sola esta noche —respondo—. ¿Le has dado hoy al señor Alsole tu mitad del dinero, como dijiste que harías?

—Oh. —Evita mi mirada, baja las piernas del sofá y coge una bolsa de patatas fritas que tiene a medias—. Se lo daré antes del fin de semana.

—Eres consciente de que nos va a echar el jueves, ¿no?

—Nadie me lo ha dicho.

Tenso la mano en el respaldo de la silla del comedor. No ha salido del apartamento en todo el día, así que ni siquiera ha visto el aviso de desahucio en la puerta. Respiro hondo y me recuerdo que Keira tampoco ha encontrado trabajo. Después de más de un año intentándolo, se ha rendido, se ha encerrado en sí misma y ahora pasa los días muertos en Warcross.

Es una sensación que conozco bien, pero esta noche estoy demasiado cansada para tener mucha paciencia con ella. Me pregunto si se dará cuenta de que vamos a vivir en la calle cuando terminemos en la acera con nuestras pertenencias.

Me quito la bufanda y la sudadera para ponerme mi camiseta de tirantes preferida, voy a la cocina y pongo una olla de agua a hervir. Lugo me dirijo a los dos colchones que hay contra la pared.

Keira y yo tenemos nuestras camas separadas con una mampara improvisada hecha con dos cajas de cartón pegadas con cinta adhesiva. He dejado mi lado lo más acogedor y limpio que he podido, decorando el espacio con bombillas doradas. En la pared clavé con chinchetas un mapa de Manhattan lleno de garabatos míos, algunas portadas de revistas donde aparece Hideo Tanaka, una lista escrita a mano de las clasificaciones actuales de *amateurs* en Warcross y un adorno navideño de cuando era pequeña. Mi última posesión es uno de los viejos cuadros de mi padre, el único que me queda, apoyado cuidadosamente junto al colchón. El lienzo es un

estallido de color, con pintura densa y textura de aspecto húmedo. Antes tenía más obras suyas, pero tuve que venderlas cada vez que la situación empeoraba, debilitando su recuerdo para sobrevivir a su ausencia.

Me dejo caer en el colchón, del que escapa un fuerte chirrido. El techo y las paredes están bañados del neón azul de la licorería al otro lado de la calle. Tumbada, quieta, escucho el gemido constante de las sirenas que proviene de alguna parte del exterior y clavo los ojos en una antigua mancha de humedad en el techo.

Si mi padre estuviera aquí, andaría de un lado a otro a lo profesor de interiores, mezclando pinturas y limpiando pinceles en tarros. Quizá reflexionaría sobre el programa de sus clases de primavera o pensaría en los planes para la Semana de la Moda de Nueva York.

Giro la cabeza para echar un vistazo al resto del apartamento y finjo que él está aquí: su versión sana, de aspecto saludable, con la silueta alta y delgada perfilada por la luz cerca de la entrada, su mata de pelo teñido de azul brillando plateado en la oscuridad, la barba bien recortada, unas gafas de montura negra enmarcándole los ojos y un rostro de soñador. Llevaría una camisa negra que expusiera los coloridos tatuajes que le recorrían de arriba abajo el brazo derecho, y su apariencia sería impecable —los zapatos lustrados y los vaqueros perfectamente planchados—, excepto por las salpicaduras de pintura en las manos y el pelo.

Sonrí para mis adentros al recordarme sentada en una silla, balanceando las piernas, con la vista fija en los vendajes de mis rodillas mientras mi padre me ponía mechones de colores temporales. Todavía me caían las lágrimas por las mejillas cuando regresé a casa del colegio sollozando porque alguien me había empujado en el recreo y

me había agujereado mis vaqueros preferidos. Mi padre tarareaba mientras trabajaba. Al terminar, sostuvo un espejo delante de mí y grité de alegría. «Muy Givenchy, muy moderna —dijo, dándome unos toquécitos en la nariz. Yo solté una risita—. Sobre todo si te peinamos así. ¿Ves? —Me recogió el pelo en una coleta alta—. No te acostumbres demasiado. Se irá en unos días. Venga, vamos a por una pizza».

Mi padre solía decir que mi antiguo uniforme escolar era una espinilla en la cara de Nueva York. Solía decir que debía vestirme como si el mundo fuera un lugar mejor de lo que es en realidad. Compraba flores siempre que llovía y llenaba nuestra casa de ellas. Se olvidaba de limpiarse las manos durante sus sesiones de pintura y terminaba dejando huellas de colores por todas partes. Gastaba su escaso sueldo en regalos para mí, material de arte, beneficencia, ropa y vino. Se reía demasiado a menudo, se enamoraba demasiado rápido y bebía con demasiada copiosidad.

Entonces, una tarde, cuando yo tenía once años, llegó a casa, se sentó en el sofá y se quedó con la mirada perdida. Acababa de llegar de una cita con el médico. Seis meses más tarde, se había ido.

La muerte tiene la terrible costumbre de cortar cada línea que has trazado cuidadosamente entre tu presente y tu futuro. La línea que lleva a tu padre inundando tu dormitorio de flores el día de tu graduación. A él diseñando tu vestido de novia. A él yendo a comer a tu futura casa los domingos, donde su canto desafinado te haría reír tanto que llorarías. Tenía cien mil líneas como esta que se cortaron en un día y me dejaron con sólo un montón de facturas médicas y deudas de juego. La muerte ni siquiera me dio un sitio

al que dirigir mi ira. Lo único que pude hacer fue escudriñar el cielo.

Tras su muerte, empecé a copiar su aspecto: el pelo revuelto, teñido de colores artificiales (las cajas de tinte son lo único en lo que estoy dispuesta a gastarme el dinero), y un brazo lleno de tatuajes (que me hizo gratis por lástima el antiguo tatuador de mi padre).

Giro la cabeza ligeramente, echo un vistazo a los trazos que se enroscan por mi brazo izquierdo y paso una mano por las imágenes de fuertes tonos de azul, turquesa, dorado y rosa, que empiezan en la muñeca y suben hasta el hombro. Peonías (las flores favoritas de mi padre), edificios al estilo de Escher emergiendo entre olas de mar, notas musicales y planetas con el espacio exterior de fondo, un recordatorio de las noches en las que iba con él en coche al campo para ver las estrellas. Y terminan con una fina línea de palabras que me recorre la clavícula izquierda, un mantra que me solía repetir mi padre, un mantra que recito para mis adentros cada vez que las cosas se ponen demasiado desalentadoras.

«Toda puerta cerrada tiene una llave».

Todo problema tiene una solución.

Bueno, todo problema excepto el que se lo llevó a él. Excepto en el que ando metida ahora. Y el hecho de pensar en eso casi basta para que me acurruque y cierre los ojos, para volver a hundirme en un lugar oscuro y familiar.

El sonido del agua hirviendo me aleja de mis pensamientos justo a tiempo. «Levanta, Emi», me digo.

Me obligo a salir de la cama, me dirijo a la cocina y voy a por un paquete de fideos instantáneos. (Precio de la cena esta noche: 1 dólar). Mi alijo de comida se ha reducido a una caja de macarrones.

Fulmino a Keira con la mirada, que continúa sentada en el sofá, pegada al televisor (uso de la tele: 75 dólares).

Suspiro, abro el paquete de fideos y los echo al agua.

El ruido de música y fiesta se oye por todos los rincones del edificio. Todos los canales locales están emitiendo algo relacionado con la ceremonia de inauguración. Keira pausa la televisión en un canal que muestra una serie de imágenes con los momentos más destacados del año pasado. Luego pasa a cinco analistas del juego sentados en los asientos de la parte superior del Tokyo Dome, que mantienen un debate acalorado acerca de qué equipo ganará y por qué. Debajo de ellos hay un estadio oscurecido con cincuenta mil fans gritando, iluminado por focos rojos y azules que se van moviendo mientras cae del techo una lluvia de confeti dorado.

—¡Una cosa en la que sí estamos de acuerdo es que nunca hemos visto una alineación tan buena como la de este año! —dice uno de los analistas, tapándose con un dedo el oído por el ruido—. Uno de ellos ya es una celebridad por derecho propio.

—¡Sí! —exclama un segundo analista al tiempo que los demás asienten, y detrás de ellos aparece un vídeo de un chico—. DJ Ren se dio a conocer como uno de los nombres más famosos del panorama musical *underground* en Francia. ¡Ahora con Warcross dará un paso más allá!

Mientras vuelven a ponerse a discutir sobre los nuevos participantes, me trago una oleada de celos. Cada año, un comité secreto propone a cincuenta jugadores aficionados, los mejores, para que entren en el proceso de selección de los equipos. Los más afortunados del mundo, en mi opinión. Mis antecedentes penales me descalifican automáticamente como candidata.

—Hablemos del alboroto que están armando los juegos este año. ¿Creéis que batiremos algún récord? —pregunta el primer analista.

—Parece que ya lo hemos batido —contesta un tercero—. El año pasado, la final del torneo tuvo un total de trescientos millones de espectadores. ¡Trescientos millones! El señor Tanaka debe de estar orgulloso. —Mientras habla, al fondo vuelve a aparecer el logo de Juegos Henka, seguido de un vídeo del creador de Warcross Hideo Tanaka.

Son unas imágenes de él vestido con un esmoquin impecable, saliendo de un baile benéfico, con un abrigo echado por encima de los hombros. Va demasiado elegante para tener veintiún años y, cuando las luces le iluminan, no puedo evitar inclinarme hacia delante un poco. En los últimos años, Hideo ha pasado de ser un desgarrado genio adolescente a un joven elegante de mirada aguda. La mayoría lo describe como «cortés» en lo referente a su personalidad. Nadie está del todo seguro de nada más, a menos que pertenezca a su círculo íntimo. Pero ahora no pasa ni una semana sin que aparezca en la portada de las revistas, saliendo con esa famosa o la otra, en los primeros puestos de cualquier lista que se les ocurra: los más jóvenes, los más guapos, los más ricos, los más deseables...

—¡Echémosle un vistazo a nuestra audiencia para la partida inaugural de esta noche! —continúa el analista.

Aparece un número y todos rompen en aplausos. «Quinientos veinte millones». Eso sólo en la ceremonia inaugural. Warcross es oficialmente el acontecimiento más importante del mundo.

Llevo la cazuela de fideos al sofá y me los como de manera automática mientras contemplamos más imágenes. Hay entrevistas con

fans chillando al entrar en el Tokyo Dome, con la cara pintada y aferrados a carteles improvisados. Hay planos de trabajadores comprobando de nuevo las conexiones. Hay documentales estilo olímpico que muestran fotos y vídeos de cada uno de los participantes. Después de eso vienen imágenes de una partida: dos equipos enfrentándose en los mundos virtuales interminables de Warcross. La cámara hace una panorámica de la entusiasta muchedumbre y luego de los jugadores profesionales que esperan en una sala privada entre bastidores. Esta noche esbozan unas amplias sonrisas y sus ojos rebosan ilusión cuando saludan a la cámara.

No puedo evitar sentir amargura. Yo también podría estar ahí, ser tan buena como ellos, si tuviera el tiempo y el dinero para jugar todo el día. Lo sé. En cambio, estoy aquí, comiendo fideos instantáneos en una cazuela mientras me pregunto cómo voy a sobrevivir hasta que la policía anuncie otra recompensa. ¿Cómo será tener una vida perfecta? ¿Ser una superestrella querida por todos? ¿Poder pagar tus facturas a tiempo y comprar lo que quieras?

—¿Qué vamos a hacer, Em? —inquire Keira, rompiendo el silencio. Su voz suena vacía. Me hace esta pregunta cada vez que entramos en terreno peligroso, como si yo fuese la única responsable de salvarnos, pero esta noche me quedo mirando la televisión, sin ganas de responder. Teniendo en cuenta que dispongo exactamente de trece dólares a mi nombre ahora mismo, estoy en el momento más desesperado de mi vida.

Me recuesto y dejo que las ideas me recorran la cabeza. Soy una buena hacker —fantástica—, pero no puedo conseguir un trabajo. O soy demasiado joven o tengo demasiados antecedentes penales. ¿Quién quiere contratar a una ladrona de identidades convicta?

¿Quién va a querer que le arregles sus chismes si piensa que tal vez le robes su información? Eso es lo que sucede cuando tienes en tu expediente cuatro meses de correccional que no pueden borrarse, junto con la prohibición de tocar un ordenador en dos años. Aunque, claro, eso no me impide usar a escondidas un poco mi teléfono y mis gafas; pero sí me dificulta solicitar un trabajo de verdad que sabría hacer bien. Casi ni me dejaron alquilar este apartamento. Lo único que he encontrado hasta ahora es alguna recompensa esporádica y el trabajo a tiempo parcial de camarera, un trabajo que también desaparecerá en el instante en que la cafetería compre una camarera automática. Cualquier otra cosa implicaría probablemente que trabajase para una banda o robara algo.

Puede que llegue a eso.

Respiro hondo.

—No lo sé. Venderé el último cuadro de mi padre.

—Em... —dice Keira, pero no continúa la frase. De todas formas, sabe que es una oferta sin sentido por mi parte. Aunque vendiésemos todo lo que hay en nuestro piso, posiblemente sólo reuniríamos quinientos dólares y con eso no nos acercaríamos a impedir que el señor Alsole nos pusiera de patitas en la calle.

Unas náuseas familiares se instalan en mi estómago y subo la mano para frotarme el tatuaje que me recorre la clavícula. «Toda puerta cerrada tiene una llave». Pero ¿y si esta no la tiene? ¿Y si no puedo salir de esta? No hay manera de conseguir a tiempo el dinero suficiente. Me he quedado sin opciones. Combato el pánico, tratando de mantener la mente alejada del bajón en espiral, y me esfuerzo por calmar la respiración. Aparto los ojos de la televisión y miro hacia la ventana.

Con independencia de dónde esté en la ciudad, siempre sé en qué dirección se encuentra mi antiguo hogar de acogida. Y si me lo propongo, puedo imaginarme nuestro piso convirtiéndose en aquella casa de pasillos oscuros y estrechos con paredes de papel amarillo despegado. Veo a los chicos mayores persiguiéndome por ellos y dándome una paliza hasta hacerme sangrar. Recuerdo las picaduras de las chinches. Siento el dolor de la bofetada de la señora Devitt en la cara. Me oigo llorar en silencio, tumbada en la litera mientras imaginaba a mi padre rescatándome de ese sitio. Siento el alambre de la valla de tela metálica en los dedos mientras trepo por ella para escapar.

«Piensa. Puedes solucionarlo». Una vocecita estalla en mi cabeza, obstinada. «Esta no será tu vida. No estás destinada a quedarte aquí para siempre. No eres tu padre».

En la televisión, las luces del Tokyo Dome se atenúan y las ovaciones aumentan hasta un rugido ensordecedor.

—¡Y con esto concluye, antes de que empiece el juego, nuestro reportaje sobre la ceremonia de inauguración de Warcross de esta noche! —exclama un analista con la voz ronca. Él y los demás hacen el signo de la victoria con las manos—. Para los que nos estéis viendo desde casa, ¡ha llegado el momento de poneros las gafas y unirlos al acontecimiento... del... año!

Keira ya se ha puesto sus gafas y yo me dirijo a la mesa plegable, donde están las mías.

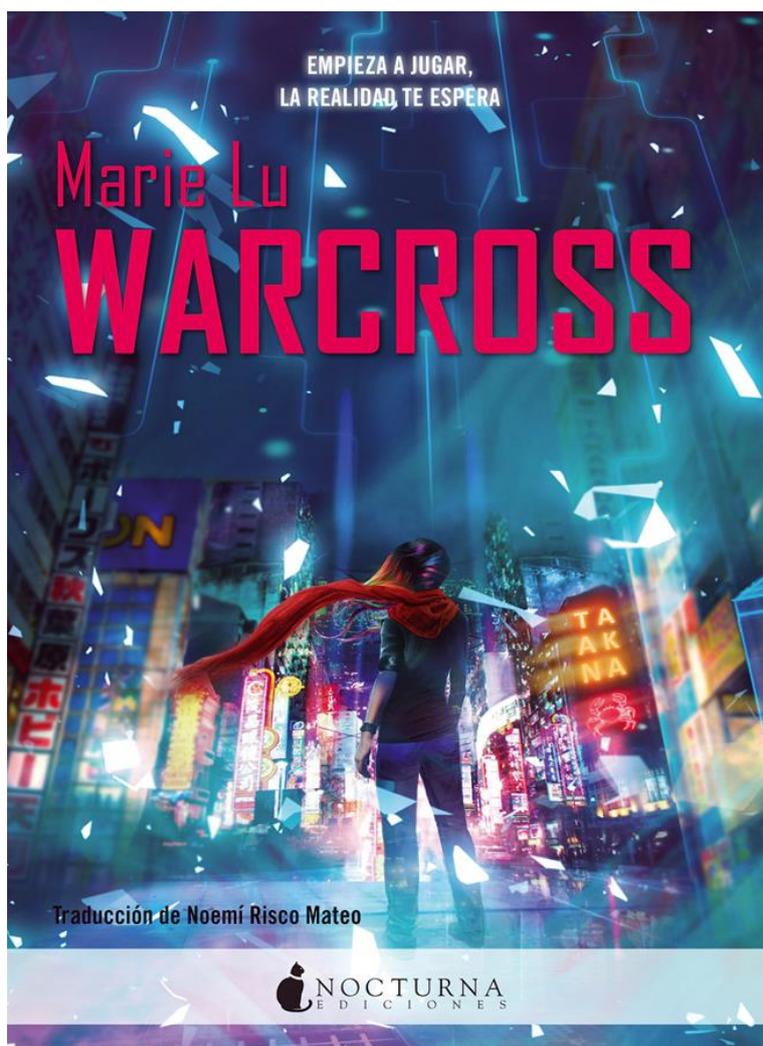
Algunos dicen todavía que Warcross no es más que un estúpido juego. Otros dicen que es una revolución. Pero para mí, y para millones de personas, es la única manera infalible de olvidarnos de nuestros problemas. He perdido mi recompensa, mi casero va a

venir de nuevo gritando en busca de su dinero por la mañana, me va a costar muchísimo ir a trabajar de camarera y en un par de días no voy a tener casa, no voy a tener adónde ir..., pero esta noche puedo unirme a los demás, ponerme las gafas y ver cómo sucede algo mágico.

# SIGUE LEYENDO

# WARCROSS

Marie Lu



ISBN: 978-84-16858-30-9 | PVP: 16,50 € | A la venta: 22-1-2018

 NOCTURNA  
EDICIONES

[www.nocturnaediciones.com](http://www.nocturnaediciones.com)